

# Homenaje a José Emilio Pacheco

*Una visión a sus 80 años*

Álvaro Ruiz Rodilla  
Roger Metri



**TABASCO**  

---

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



# Homenaje a José Emilio Pacheco

*Una visión a sus 80 años*

1

VENTANA ABIERTA A LA PALABRA

---

CUADERNOS  
DEL GRIJALVA

Primera edición: 2019

© Álvaro Ruiz Rodilla

© Roger Metri

© 2019, Secretaría de Cultura

Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124

Fraccionamiento Portal del Agua

Colonia Centro, Villahermosa

C. P. 86000

Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-74-8

Impreso en México - *Printed in Mexico*

## Presentación

Una de las funciones sustantivas del quehacer cultural es propiciar el conocimiento de nuevos saberes que contribuyan acrecentar las perspectivas de identidad de la sociedad a través de sus diferentes manifestaciones, las cuales propicien la reflexión sobre las vicisitudes de nuestro tiempo y las diversas alternativas de comprensión por medio del diálogo.

Bajo esta premisa abrimos un espacio a la discusión del mundo de las ideas que categorizan a nuestra sociedad desde las locales hasta las globales, a través de un ciclo denominado “Ventana abierta a la palabra”, para propiciar el acercamiento de nuevos públicos con escritores y especialistas en diversas disciplinas académicas que contribuyan al enriquecimiento cultural.

Agradecemos el apoyo de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México que a través de la Dirección General de Vinculación Cultural y el Programa de Apoyo para Instituciones Estatales de Cultura auspicia la impresión de este proyecto editorial.

Yolanda Osuna Huerta





---

**Crear a sus precursores:  
Borges y José Emilio Pacheco**

---

Álvaro Ruiz Rodilla



Quisiera empezar con una breve anécdota. Es la de un niño que se cría en una familia bilingüe, en la cosmopolita Buenos Aires de principios de siglo. Aislado en casa, educado por institutrices, el niño se extravía en los anaqueles de la biblioteca inglesa de su padre. Cuando no juega con su hermana menor, pasa las horas leyendo novelas de aventuras, cuentos y hasta poesía. También pasa las páginas de dos enciclopedias, la *Britannica* y la *Chamber's*. Recorre las entradas como un laberinto y se regodea en ese juego sin salidas previsibles, acaso porque ahí se asoma el infinito. En una de esas hojas observa por primera vez un grabado en acero de las siete maravillas del mundo; una de ellas es el laberinto de Creta, un edificio como una plaza de toros, donde el niño piensa que puede avistar, muy de cerca, con una lupa, al minotauro.

Gracias a varios de sus biógrafos sabemos que ese niño es Borges, que aprendió el placer de la lectura, entre otras cosas, en la *Encyclopædia Britannica*, en una edición de 1911. En su juventud las horas de reclusión son en la Biblioteca Nacional, pero por timidez no pide ningún libro en los mostradores y vuelve una y otra vez a las entradas de la *Britannica* disponibles entre los libreros de referencia. Ese Borges niño y adolescente obviamente no sabe que será Borges. No puede siquiera intuir que cambiará la literatura universal para siempre. Aunque el curso del destino parece escrito, y no por el dios de alguna de las tantas religiones que le interesaron y que llevan milenios postulando la realidad, sino por un poeta que, en 1910, le dedica estos versos a su madre, Leonora Acevedo:

Y tu hijo, el niño aquel / de tu orgullo, que ya empieza / a sentir  
en la cabeza / breves ansias de laurel...

La cuarteta en clave de profecía es del poeta popular Evaristo Carriego, a quien Borges admira de chico por su integración del len-

guaje callejero y barrial de la ciudad y del que escribirá después una biografía.

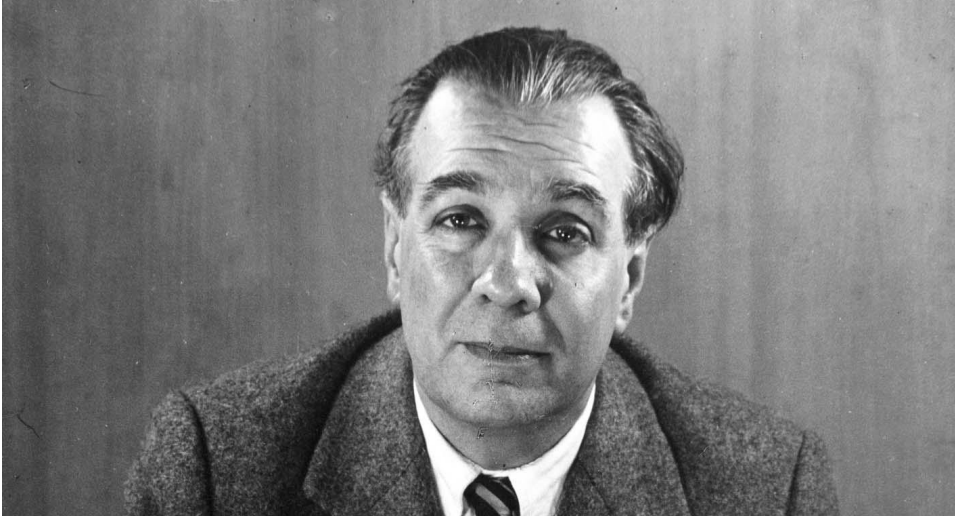
Ese niño que a los 6 años gana un premio por traducir “El príncipe feliz” de Oscar Wilde tampoco puede imaginarse que la vida le arrebatara, en uno de sus giros jobianos, el insaciable placer por la lectura cuando los oftalmólogos pongan en jaque sus dones y le prohíban leer y escribir en 1956, lo cual lo llevará a dictar una de sus estrofas más conocidas (“Poema de los dones”):

Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche.

El tenor de lo que aquí se asume como ironía maestra parece también una macabra lección como las que Dios le propina a Job para mostrarle los haces de sombras inexpugnables del laberinto: entender su diseño, vislumbrar las entradas y salidas, escapa a su capacidad humana, a los límites de su lenguaje y su conocimiento. Tal vez sin saber que estaba citando, Borges retomaba en este poema una idea de Balzac, nacido exactamente un siglo antes que él, quien escribió que “cuando uno observa la naturaleza, descubre las bromas de una ironía superior”.

La parodia y la ironía, bajo el cobijo de la filosofía y la metafísica, serán los hilos de Ariadna en la obra de Borges. Acaso las formas más adecuadas para sobrellevar la madurez y su consiguiente ceguera y rozar alguna libertad creadora. El laberinto, a su vez, se convierte en motivo cíclico y obsesivo pues encarna la perplejidad ante el mundo y el conocimiento; es una analogía del universo infinito y de nuestra propia existencia, cuyas puertas de entrada y de salida nunca conoceremos pues son los instantes de nuestro nacimiento y nuestra muerte que nos encierran en el tiempo restringido; es también el reino de todas las paradojas y derrotas, de todo lo incognoscible y lo inexplicable.

Pero hay otro laberinto que, como nos recuerda José Emilio Pacheco —un gran lector de Borges—, nos sirve de brújula, nos permite atisbar entre las tinieblas en dónde estamos y qué pasó en el mundo antes de que nació: “el laberinto de los libros, la biblioteca que por definición no agotaremos nunca. Toda una vida dedicada a la lectura no alcanza sino para leer a lo sumo 1500 libros y cada año se publican más de medio millón de nuevos títulos. En el centro de ese laberinto hay otro: la enciclopedia, el libro de libros, que sería la traducción exacta de la palabra ‘Biblia’”.



Lector omnívoro, poeta, traductor y narrador como Borges, José Emilio Pacheco es autor de una de las enciclopedias creativas más universales que se han hecho en México y fuera de los claustros académicos, más bien directo en la plaza pública de las páginas del periodismo cultural; me refiero al inabarcable *Inventario* que Pacheco fue urdiendo durante más de 40 años y cuya última columna entregó la noche previa a su fallecimiento en enero de 2014. Esa columna, repentinamente póstuma, estaba dedicada a Juan Gelman, que había muerto una semana antes. De modo que el último *Inventario* de José Emilio fue una carta de despedida a otro poeta y, sin saberlo, para sí mismo. Es simbólico que rindiera, hasta en el verdadero final, un homenaje a otro poeta como tantas veces lo hizo, brindando el último grano de arena a esa inmensa efeméride que es su *Inventario*. Gelman y Pacheco eran vecinos en la Ciudad de México y no se veían a menudo; la soledad de la muerte los unió por última vez. Otra vez las ironías de la naturaleza rumiando destinos como hienas ruidosas.

El *Inventario* y, en general, la obra periodística de Pacheco aún no recopilada constituyen un libro de libros, un compendio de saberes históricos y literarios de nuestra época, donde el erudito, el memorioso, pero también el diáfano comunicador estudia sin cesar contra el oleaje del tiempo —acaso consciente de la terrible marca de los 1500 libros leídos por cada vida humana—, apunta, copia, cita, recopila y va creando una enorme red enciclopédica, de cuya extensión y de cuyas incalculables conexiones, pasajes escondidos, corredores secretos, puentes trasatlánticos y vasos comunicantes entre autores, épocas y obras apenas hemos cobrado consciencia en años recientes. No por nada varios autores, como Juan Villoro o Elena Poniatowska,





han afirmado que José Emilio Pacheco fue el primer motor de búsqueda mexicano, anterior a Google y a la Wikipedia.

Acaso en el futuro, imaginémoslo como en aquel poema de Borges (“La noche cíclica”), *los átomos fatales* repetirán a un niño de 10 o 12 años que encontrará su vocación literaria en las entradas universales de otra enciclopedia llamada *Inventario*.

Como muy pocos en su generación, José Emilio Pacheco asimiló la mayor lección de Borges; la que funda lo que algunos han querido llamar la “posvanguardia” que arranca de cuajo la pretensión del artista de creador privilegiado y anticipa varias teorías posmodernas. El escritor se ha convertido antes que nada en un lector, siguiendo esa declaración de la maestría de Borges que ya es casi un adagio contemporáneo y un artefacto que espeja en los vertiginosos pasillos de las redes sociales: “Que otros se jacten de los libros que han escrito, a mí me enorgullecen los que he leído”. Con varias décadas de anticipación, Borges ya estaba formulando y convirtiendo en ensayo y narrativa lo que Roland Barthes y Michel Foucault llamaron en el 68 “la muerte del autor”.

Otra lección contigua a ésta, igual de abismal, y que ha engendrado torrentes de tinta es lo que escribe Borges a propósito de Kafka: “cada escritor crea a sus precursores”. No era una idea completamente nueva cuando Borges la precisó y la llevó a la práctica en los años cincuenta. En la década de los treinta, T. S. Eliot había plantado las bases críticas, que podemos resumir así: ningún escritor puede ser original si no dialoga al mismo tiempo con la tradición, si no se in-

serta en ella y la actualiza; el mar inacabable del pasado se extiende frente al escritor y su conciencia histórica debe sumergirse en él para encontrar la voz individual, de manera que se vuelva contemporáneo de Aristóteles y Platón, de San Agustín y Voltaire, de Walt Whitman y de Poe. Pero la voz individual no es más que aquella en donde las voces de los poetas muertos tienen una presencia más nítida, más refinada, como el agua de un río filtrada por las piedras. El río y las piedras son, al mismo tiempo, los poetas muertos y los que siguen vivos; todo ocurre en un orden simultáneo, dice Eliot.

Al hablar de Kafka y sus precursores, Borges remonta el río del tiempo y aventura invertir su curso. Veamos, por ejemplo, al primer precursor, que nos conduce a la Antigüedad: “la paradoja de Zenón contra el movimiento. Un móvil que está en A (declara Aristóteles) no podrá alcanzar el punto B, porque antes deberá recorrer la mitad del camino entre los dos, y antes, la mitad de la mitad, y antes, la mitad de la mitad, y así hasta lo infinito; la forma de este ilustre problema es, exactamente, la de El Castillo, y el móvil y la flecha y Aquiles son los primeros personajes kafkianos de la literatura”, nos explica Borges. Lo maravilloso aquí es que antes de Kafka nunca hubiéramos pensado en ese ingenioso anacronismo, “si Kafka no hubiera escrito, no existiría [tal lectura]”. Gracias a su obra se afina nuestra sensibilidad sobre el pasado, de modo que leemos con ojos muy distintos —ojos de cucaracha kafkiana, por ejemplo— la obra de Zenón o de Aristóteles, ahora dotadas con aires de profecía, precursoras de un escritor de Praga del siglo XX.

Por su parte, José Emilio Pacheco moldeó directamente estas ideas literarias en la arcilla del verso conversacional desde las décadas del sesenta y setenta; le dio forma poética a la teoría de los precursores. Por ejemplo, sobre el mar de referencias en el que debe sumergirse un poeta para sacar algo en claro, el mar de la tradición, escribe en “La experiencia vivida”:

Esas formas que veo a orillas del mar / y engendran de inmediato  
/ asociaciones metafóricas / ¿son instrumentos de la inspiración  
/ o de falaces citas literarias?

Pacheco asumió que el mayor ideal de la literatura es aspirar al anonimato, la última parada en el entierro del autor, cuyo trabajo no es más que saquear, ensamblar, recrear y actualizar lo que otros han hecho, por eso, dicen otros versos suyos, “los muertos te observan al escribir, te ayudan”. Hay muchos casos como éste en su poesía. Sobre todo, en las entregas de su *Inventario* José Emilio Pacheco hablaba numerosos precursores. Nos permite encontrar, por ejemplo, a

algunos de los escritores que ya prefiguran el legado de Borges. Y, así, aparecen dos afinidades tan alejadas de la obra del argentino como asombrosas: la primera es con fray Antonio de Guevara, “secretario de Carlos V y autor del *Libro áureo del emperador Marco Aurelio*, lleno de citas falsas, erudición paródica, autores imaginarios, personajes fabulosos, anécdotas apócrifas”. La segunda afinidad que encuentra Pacheco es con las “‘nivolas’ de Unamuno y las ‘antinovelas’ de Azorín [que] resultan el primer alejamiento formal de los modos de representación postulados por el naturalismo” a inicios del siglo XX. Esas obras, anteriores a Borges, ahora son borgeanas; las leemos de otra manera.

Además de ampliar la lectura de Borges, Pacheco también crea en el argentino a un precursor propio. En él se refleja y en él se lee. Así como admira y aplaude, por ejemplo, la prosa periodística de Alfonso Reyes, en los artículos que publicó en y desde Madrid a partir de 1915, en Borges también encuentra una lección estilística de claridad y precisión y un modelo de trabajo, cuyo origen son los modernistas. Además de poemas, cuentos, reseñas y notas, Borges publicó innumerables traducciones en la prensa (por ejemplo dos de las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob en la *Revista Multicolor*, una labor de difusión que continuó de 1930 a 1970 en *Sur*). Lo mismo hizo Pacheco desde joven en las principales revistas y suplementos culturales del país, con mayor énfasis en la revista *Proceso*. Ambos encontraron en el periodismo un taller creativo; ahí fue donde Borges atrevió los primeros cuentos que son ensayos o ensayos que se vuelven cuentos y donde Pacheco publicaba sus primeras versiones propias o ajenas, sus homenajes y pastiches, y sus revisiones exhaustivas de la historia literaria. Los dos transitaron entre la poesía y el periodismo de manera continua y acaso el *Inventario* es la cúspide de ese diálogo.

Precisamente José Emilio descubre un intercambio más agudo entre estos dos géneros, comúnmente peleados, cuando estudia “Setenta años de poesía” de Borges (en *Jorge Luis Borges*, libro ahora reeditado por Era). En el primer poemario del autor, *Fervor de Buenos Aires*, de 1923, Borges ya trae a las orillas de la lengua española las adquisiciones coloquiales y conversadas de la poesía estadounidense moderna, un tono menos solemne y más cercano al habla común. Pero le agrega a los héroes y personajes locales y populares de la calle, “lo mismo [a] sus ancestros militares que los cuchilleros del barrio”. De modo que “la espada de la épica se ha convertido en la daga de las noticias policiales. Borges quiere elevar esta sordidez a una altura mítica”. Así como la fealdad y la belleza transitoria, que permitieron a Baudelaire fundar la modernidad, son inseparables de su lectura diaria de periódicos y notas rojas, la renovación literaria de Borges

tiene entre sus fuentes al periodismo. Pacheco es consciente de esto y él mismo sabe allanarse el camino de un periodismo creativo, enciclopédico y directo. Muchas veces afirmó que el periodismo fue su verdadera universidad. Pero hagamos aquí un juego de espejos que será más elocuente. José Emilio sobre el periodismo de Borges: “Al igual que el trabajo de los modernistas, la obra de Borges resulta inseparable del periodismo: la inmensa mayoría de sus cuentos y poemas aparecieron en los diarios. Sus ensayos son, en realidad y vistos con detenimiento, el grado más alto que pueden alcanzar la reseña y la nota literaria y establecen un nivel imposible de alcanzar”. Creo, sin exagerar, que podríamos decir exactamente lo mismo sobre José Emilio Pacheco, reemplazando únicamente el término “ensayo” por el de “inventario”, artículos que hoy son para nosotros modelos de concisión y lucidez.

A partir de lo aprendido en Borges y decenas de otros precursores, Pacheco construye, tanto en sus poemas como en su periodismo literario, lo que se convertirá en su poética personal: es decir, su convenida visión de la literatura como un gran tejido de intercambios, diálogos, apropiaciones, plagios voluntarios o indeseados y deudas con sus precursores. Un fenómeno mundial del posmodernismo que los académicos llamarán más tarde intertextualidad, culturalismo, y demás resultantes de la “muerte del autor”, que ya mencionamos. Y esa poética —que la académica Mary Docter llamó “poética de la reciprocidad” y nosotros hemos llamado “poética del inventario” puesto que se extiende, se alimenta y se entrelaza con todos los ámbitos del periodismo literario de Pacheco— proviene también de otros dos precursores hispanoamericanos: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Si Reyes afirmaba que “nada puede sernos ajeno, sino lo que ignoramos”, la apropiación cultural debía ser la seña moderna para entrar al banquete al que no fuimos invitados. Es cierto que nos fuimos colando poco a poco a ese banquete y el primero que abrió las puertas fue Rubén Darío. El resto de las puertas las derribarían precisamente Borges y los narradores del boom. En ese momento también se dejó de hablar de las “influencias”, para hablar de las “apropiaciones”; se dejó de hablar de la originalidad para hablar de los infinitos precursores. Para 1982, cuando se cumplió el centenario del modernismo, José Emilio Pacheco hizo sonar las campanas definitivas: la literatura hispanoamericana era sin lugar a dudas obra de síntesis, retazos, saqueos ajenos y apropiaciones de todo lo que viniera a dar a nuestras costas, por eso afirmó entonces que “después de Martí y Darío lo que han hecho los hispanoamericanos es adueñarse de los instrumentos poéticos y literarios que necesitan y transformarlos en algo diferente. Los materiales pueden llegar de fuera; el producto fi-

nal es nuestro”. Así cumplía el legado de Henríquez Ureña, dominicano argentinizado y mexicanizado, que fue el primero en entrever la unidad de la literatura hispanoamericana y estudiarla como tal, entre otras cosas en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), cuya primera parte es una conferencia de Ureña leída en Buenos Aires dos años antes.

Para Pacheco, el encuentro de Borges con Henríquez Ureña y luego con Alfonso Reyes en la capital argentina fue decisivo. La afinidad más visible entre los tres es haber buscado renovar la literatura hispanoamericana a partir de lecturas anglosajonas y de ahí ascender a lo universal. En este punto reside precisamente la utopía de la unidad de América para Henríquez Ureña, expresada en un ensayo titulado justamente así *La utopía de América* (reeditada en 1968 por otros dos grandes críticos latinoamericanos, Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot). Esa utopía, en suma, sólo podrá realizarse si se concilia lo autóctono con lo universal, si se logra la tolerancia y la armonía de todos los matices culturales y el ser humano puede librarse de divisiones y de la enajenación. Pues bien, esta libertad solamente se logró realizar en la literatura, como apuntó José Emilio Pacheco en 1999: “En Borges y algunos otros escritores del Nuevo Mundo ha empezado a cumplirse la utopía que trazó Henríquez Ureña como única alternativa contra la barbarie, en todas sus manifestaciones de injusticia y violencia, que nos cercan hoy como nunca al empezar el nuevo siglo. La utopía de América se ha realizado en su literatura”.

Si en décadas anteriores se llegó a afirmar que Borges es toda una literatura, José Emilio Pacheco en su justa medida lo es también, al haber abarcado todos los géneros y al haberlos sintetizado en *Inventario*, la otra enciclopedia, con absoluta honestidad y concisión. Aún no vemos dónde termina el laberinto de la influencia de uno y otro ni cuántos precursores más les depara el futuro.

En los dos últimos meses se cumplieron los 120 años de la muerte de Borges y 80 del nacimiento de José Emilio. Parecería que en un mundo tan distraído con las redes sociales y el imperio de la inmediatez noticiosa, las efemérides son un golfo de calma, una pausa para volver a invocar y actualizar a los autores memoriosos del pasado. El azar del destino, o acaso los números de una cábala literaria muy precisa, o incluso una muestra más de las ironías magistrales del dios que ustedes escojan, nos llevaron este año a unir a dos escritores enlazados por una fe común: la creencia de que la experiencia de leer es igual de válida, igual de enriquecedora y verdadera que cualquier otra experiencia vivida. Entre más se lee más se ahonda el abismo de lo que queda por leer, pero quizá la existencia de ese enésimo laberinto es un consuelo.



---

**El tiempo: una preocupación en**  
***La zarpa* de José Emilio Pacheco**

---

Roger Metri

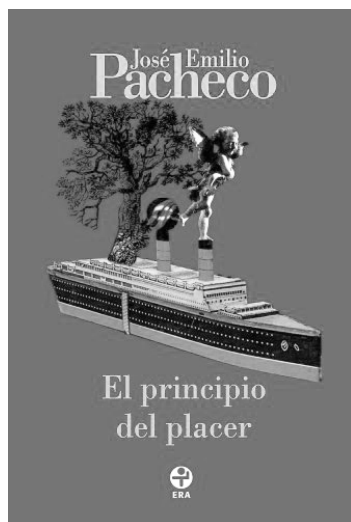


Un solo encuentro entre Marguerite Yourcenar y Virginia Woolf, me ayudó a comprender lo que es, para mí, o acercarme a comprender, poesía; descrito por narradoras, para que no resulte inusual el lazo que une a narradores y poetas. Definición que Octavio Paz defendió y definió en *El arco y la lira*. Y como cada uno puede decidir su aproximación, en principio porque la poesía es libertad, libertad bajo palabra como el mismo Paz aseguraba, a pesar de sus propias leyes y ataduras, me tomo esa libertad. Abre Yourcenar su ensayo sobre Woolf, en una entrevista que le hizo, con una cita de una heroína de Shakespeare, “Cuando yo nací, danzaba una estrella”, y señala “siempre hay que volver a Shakespeare cuando se habla de inglesas”. Y Shakespeare, a pesar de ser inglés, pertenece a esas centurias de los grandes de las letras del siglo de oro español, Góngora, Quevedo, Sor Juana y sus magnos sonetos, más allá de su dramaturgia y prosas. También añade que “una estrella se puso a pensar” cuando Virginia Woolf nació, dicho por la propia inglesa, en cercanía al personaje femenino de Shakespeare. Y amplía más, estrellas que tienen una llama, como el sol, tan luminosa que están destinadas a dejarse consumir. Woolf se puede considerar, palabras de la misma Marguerite, un ballet admirable ofrecido por la imaginación a la inteligencia. Su destino era consumirse, de tanta luz, de tanto fuego y así sucedió el día que le escribió la última carta a su esposo.

Traigo a cuento a estas dos grandes autoras del Siglo XX, por una relación que revelaré posteriormente con José Emilio Pacheco en su preocupación del tiempo; porque la inglesa nos legó la magnífica prosa poética de su monólogo interno, y revolucionó la novela universal empezando con su famosa *Mrs. Dalloway*. La francesa lo hace

con una genial novela histórica inigualable, *Memorias de Adriano*. Los dotes de poeta, asegura Yourcenar con respecto a la primera, como si algo le faltara de ello a la francesa, no son sólo los lazos unidos de la armonía en las proporciones y la lucidez hasta en la gracia, que puede provenir de las hadas de la literatura inglesa, sino que requiere otro más misterioso: el de transfigurar la realidad o hacer que caigan sus máscaras. Tal vez lo que nos enseñan estas dos autoras de la literatura universal, como todos los destinados a lo grande, que la prosa se inclina un poco más por la biografía del carácter y la poesía por la biografía del ser. Diría Paz en *El arco y la lira*, que revisó precisamente en su edición francesa de principios de los años setentas y que se reimprimió en la década de los noventa antes de su muerte. “La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono, evocación, operación capaz de cambiar al mundo, la poesía revela este mundo; crea otro”. Pero la prosa no puede desligarse y muchas veces se mezclan, como el caso de estas dos narradoras, Woolf y Yourcenar.

José Emilio Pacheco fue las dos cosas. Poeta y narrador. Entendió estos dos universos sin mayor problema de sus fronteras, más bien, conociendo sus fronteras y su migración. Por qué uno estos nombres de una inglesa, una francesa y nuestro homenajeado, (Paz es un tema aparte y *El arco y la lira*, ni se diga, un tratado de poesía, de literatura, del ser humano). El tiempo, una preocupación. Paz le dedica todo un capítulo en el libro antes mencionado. En la obra y el pensamiento de Woolf, Yourcenar y José Emilio se puede denotar la constante. Marguerite pensaba que en las tareas arquitectónicas del hombre, un símbolo de faraones, reyes y políticos, el musgo regresaría a tomar su lugar de nuevo a su debido tiempo. Fue una de sus revelaciones cuando visitó Villa Adriana en Tibur. Virginia deja vis-





lumbrar su preocupación en sus *Diarios íntimos* y en la última carta a Leonard Woolf antes de suicidarse. “Queridísimo: quiero decirte que me has dado completa felicidad”. En otro tramo le dice “fuimos perfectamente felices. Todo se debe a ti. Nadie hubiera podido ser tan bueno como tú, desde el primer día hasta hoy”. En su caso José Emilio Pacheco afirma “Todo se ha deshecho. Ha regresado al polvo”. En los tres casos que he escogido, por puro gusto más que azar o razón alguna, existe una línea que quiere asirse al pasado, pero que es imposible recobrar y se hace imposible fijar, como una fotografía, los momentos de la existencia que la memoria, como la poesía, una especie de sombra, trata de traer a cuento. En algunos de sus títulos podemos descubrir y quitar la máscara como asegura Yourcenar, de esa posibilidad que es su preocupación, una obsesión en algún caso: el tiempo. Virginia Woolf escribió *Lunes o martes*, *Fin de viaje*, *Los años*; *La señora Dalloway*, esta última es una novela que trata de toda la vida de una mujer en un día. *Al faro*, relata el viaje a una isla cercana de la costa donde veranea una familia. *Las olas*, se basa en la vida de seis personajes, en seis monólogos, en seis instantes de un día. Marguerite Yourcenar tiene entre otras novelas, la más importante, *Memorias de Adriano*, una extensa epístola, una sola *longa* carta, donde le explica a su sucesor, en el momento de sus últimos días, su vida, desde su juventud hasta la construcción del Imperio que le hereda. José Emilio Pacheco en sus poemarios *Irás y no volverás* o en su caso *La arena errante*, o en su narrativa *Morirás lejos*, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, *Las batallas en el desierto*, *El viento distante* y otros relatos, *El principio del placer*, de donde surge *La zarpa*, nuestro cuento a platicar; entre muchos títulos. Es un gran contenido de movimiento y tiempo, de preocupación de cómo transcurre



el tiempo en nuestras vidas. Cómo nos devasta, arruina, acaba con nosotros. Estos tres autores universales daban fe de esa inquietud. Dios perdona pero los años no.

El reino de palabras que nos ocupa, va mucho más allá. No sólo es el tiempo inasible y fugaz, es la añoranza que construye, que reconstruye un pasado, cuya base es la envidia y el complejo de inferioridad. Una melancolía alimentada por el odio o la venganza hacia la inocencia, que transcurre a lo largo de una vida. *La zarpa* de José Emilio Pacheco tiene por protagonista a Zenobia, quien llega a confesarse y apenas menciona su nombre en la ficción al hablar en primera persona todo el relato, con un cura que no es de la Ciudad de México ni conoce su esplendor, esplendor de los años cincuenta y sesenta, y le declara un pecado, alegrarse del mal ajeno, de algo que ha acumulado toda su vida sobre su mejor amiga, o pudiera decirse su única amiga. Como una máscara de una vida secreta, Zenobia, camina paralelamente a Rosalba y vive en la comparación de la belleza y su fealdad. Transcurre el tiempo entre esos dos universos paralelos y solo se concreta una tregua hasta el momento de la ruina de la belleza. La vejez y su costal de arrugas, dolor, deformación, sin pausa para el respiro de la naturaleza que fue un día reflejo de lo bello.

*La zarpa* de José Emilio Pacheco transcurre temporalmente en una ordenada cronología. Dos mujeres, Rosalba y Zenobia, nacieron en la misma calle, asistían a las mismas escuelas, fueron amigas sus madres y sus familias, festejaron los quince años correspondientes de la jóvenes, ilusionadas, desarrollan intereses que sólo el tiempo, ese tiempo que no se puede redimir que tanto preocupa a nuestros mencionados escritores, empieza a deformar. Sólo una cosa las separaba en el camino. La belleza. Una nació con toda la belleza y la otra carecía de esos atributos. Y el paso del tiempo fue acentuando esa diferencia. Un segundo factor las separa, posiblemente como resultado de la belleza. Rosalba tenía toda la suerte del mundo y Zenobia no. Una venía y formó familias perfectas y la otra tuvo que superar las penurias de la madre, la muerte y alcoholismo del padre y el hermano y jamás se casó. Se volvió la solterona del cuento.

Estos simples hechos cotidianos, en apariencia, a través del tiempo que en el relato de unas hojas describe José Emilio Pacheco, que pasarían desapercibidos en cualquiera de nuestras vidas, da un zarpazo en base a los celos y la admiración que durante todo ese lapso Zenobia va acumulando. La frase final lo dice todo. “La vejez nos ha hecho iguales”. El tiempo de una vida compendiada en una oración.

No es casualidad que la protagonista nos atrape, como voyeurs, espías de una confesión, enterarnos de su intimidad y la intimidad de la ciudad. Como si tratara de la calle de nuestra niñez en la que siempre hubo una señora que sabía la vida íntima de toda la cuadra. Nos expone lo que sucede con la protagonista y lo que sucede en la ciudad. Esa preocupación por el tiempo de José Emilio Pacheco que Zenobia pone en el confesionario al tanto al párroco de lo que ha cambiado la ciudad. Una nostalgia más que el autor siempre sintió y que confesaba en sus entrevistas de ver cómo el tiempo iba destruyendo la ciudad de México. Época romántica y modernidad que se contraponen. Lo podríamos equiparar con la vejez, última confesión de la protagonista, conjugando tiempo y devastación. Sin embargo se convierte en redención para Zenobia.

La generación de la que se acompañó José Emilio Pacheco, también llamada de los cincuenta o medio siglo, algunas mayores que él como Rosario Castellanos, Inés Arredondo, Rubén Bonifaz Nuño e igualmente Sergio Pitol, José de la Colina, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis, Elena Poniatwoska y Juan García Ponce entre otros, fueron consientes o se preocuparon, por el paso del tiempo. *El manto y la corona* de Bonifaz Nuño, *Lecciones de las cosas* de Rosario Castellanos, o García Ponce con *La errancia sin fin: Musil, Borges, Klossowski, Pasado presente* o *El reino milenario*, por poner unos ejemplos, y la obra de varios de ellos nos pueden ayudar a encontrar el tema. No parece casualidad entonces que veamos detrás de un cuento que parece tener los prejuicios, la envidia, la maldad, ese pecado que muchos cometemos de desear el mal ajeno cuando no hay forma de conciliarnos con la realidad, el tema central del paso del tiempo y la vejez, al final y como solución.

La misma comparación de época y modernidad que presenta la protagonista al cura sobre una metrópoli, la capital de México en decadencia, que se va devastando y pasaría por 1985, y que el presbítero asevera Zenobia desconoce por completo, nos da un reflejo de la preocupación del autor por la temática inexorable del paso del tiempo y la llegada de la vejez. La propia ciudad padece lo que el hombre, en otra escala, pero padece el dolor de la ruina.

Pero la forma de excelencia con la que José Emilio Pacheco nos hace cómplices de este cuento la desgracia y triunfo de Zenobia, un poco como el chisme de la cuadra, acostumbrados a saber de los vecinos y sus vidas, lo que nos acerca y aleja a la vez; sería muy destacable apuntar. Un tanto parecido al ojo del cielo que nos cuida y nos

vigila a través de una confesión que se revierte al lapso de una vida y su polvo de tiempo. Su persecución de los días por medio del caos, la de José Emilio, donde la fugacidad juega un valor inaprensible de los momentos y mira en la desgracia una ventana a ese polvo de tiempo, o los misterios de la luz y la sombra entre el placer y lo doloroso. Tal como Sócrates anotaría que el placer y el dolor son espejos, son gemelos. Afirmaría en una entrevista antes de recibir el Premio Reina Sofía 2009, realizada por el excelente poeta y escritor Hernán Bravo Varela, “No soy el inventor de la disolución y el caos. Además la poesía no es un manual de autoayuda. Más bien sirve para llamar la atención sobre las cosas menos agradables del mundo. Me parece asombrosa la capacidad de Neruda para celebrar lo grato y lo placentero. La dicha y el placer son mudos. Sólo la desgracia y el sufrimiento hablan”. En esa misma entrevista Hernán le pregunta que tanto es autobiográfico un texto literario y José Emilio le contesta, “Nunca he hecho ni haré textos confesionales. No sé hablar de mí mismo, aunque es nuestra ocupación predilecta. Observa el éxito de los confesionarios, los bares y los consultorios sicoanalíticos. Me limito a escribir. Celebro la facilidad con que los escritores comentan e interpretan sus libros. Para mí tener una excesiva conciencia de lo que se escribe es paralizante. Siempre recuerdo la historia del ciempiés que se desplaza libre por la pared hasta que el entomólogo le pregunta cuál patita mueve primero. El ciempiés nunca lo había pensado. Al hacerse consciente queda inmóvil, cae al suelo y muere”.

“El texto sabe lo que el autor ignora. Una ensayista norteamericana me envió un brillante análisis sobre cómo la novela *Morirás lejos* está compuesta sólo a base de fórmulas matemáticas que se ajustan como una suma. No le contesté, no me atreví a confesarle que fui el peor alumno en esta materia y sigo siendo torpísimo”.

Nos ilumina para mirar, el autor, que tomó con claridad la decisión de poner a Zenobia en un confesionario para contar su historia. José Emilio Pacheco construyó el cuento con visión, y basado en el perfeccionamiento del pasado y los cenotes luminosos de la memoria. Somos espías de una vida y una ciudad y todo el bagaje de su remoto vivir. A través de la mirilla de los recuerdos vemos la debacle de los personajes entre las pasiones humanas que son eternas y constantes a pesar de los siglos y los hombres.

José Emilio Pacheco, nació, nos lo han dicho, en la Ciudad de México en 1939. Cumpliría ochenta años. Caminó su vida con Cristina y además de su obra nos dejó a Emilia, (dos grandes mujeres).

Los conocí gracias a Sarita Poot Herrera cuando en el marco de la Feria Internacional del Libro de Yucatán, mereció el Premio Excelencia en las Letras. Posteriormente sería el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco y lo recibirían Elena Poniatowska, Fernando del Paso, Juan Villoro, Cristina Rivera Garza y David Huerta, entre otros.

En resumen, José Emilio Pacheco, nos entrega un magistral cuento del tiempo y una gran lección de literatura. Parafraseando a Shakespeare, siguiendo a Yourcenar en su entrevista a Virginia Woolf, podríamos decir que cuando José Emilio Pacheco nació, “una estrella se llenó de las más bellas y precisas palabras”.





**Alejandra Frausto Guerrero**  
Secretaria de Cultura

**Natalia Toledo**  
Subsecretaria de Diversidad Cultural

**Marina Núñez Bernalova**  
Subsecretaria de Desarrollo Cultural

**Omar Monroy**  
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

**Esther Hernández Torres**  
Directora General de Vinculación Cultural

**Antonio Martínez**  
Enlace de Comunicación Social y Vocero



**Adán Augusto López Hernández**  
Gobernador del Estado de Tabasco

**Yolanda Osuna Huerta**  
Secretaria de Cultura

**Luis Alberto López Acopa**  
Subsecretario de Fomento a la Lectura  
y Publicaciones

**Francisco Magaña**  
Director de Publicaciones  
y Literatura





*Homenaje a José Emilio Pacheco: una visión a sus 80 años*, se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 2019. Impreso en Impresionismo S. A. de C. V., Calle Doña Fidencia. Col. Centro. Villahermosa, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Eb Garamond. El tiraje fue de 600 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.





